

Hasta aquí mis dos interlocutores. Yo, en mi calidad de historiador, ni quito ni pongo una palabra. Sólo se me ocurre decir que el estado de los ánimos y el progreso de las ideas anuncian que las soluciones definitivas de estos problemas serán soluciones favorables á la libertad.

UN DISCURSO.

DISCURSO pronunciado por D. Emilio Castelar el día 12 de Mayo, en el banquete dado en su obsequio por diputados, escritores y estadistas liberales, en el Círculo progresista de Roma.

Señores : Permitidme que, profundamente conmovido, principie volviéndome como en espíritu hácia Occidente, y evocando la sombra, la imagen de mi patria. Santa madre de mi espíritu, hogar sagrado de mi corazón, templo de mi conciencia, el afecto inmenso que por ella siento crece con sus desgracias y toma en el extranjero la solemnidad y la grandeza de un culto. Vuestros elocuentísimos loores, vuestras ardientes invocaciones á la noble España, han penetrado hasta el corazón de este su hijo y lo han llenado de inextinguible agradecimiento. Si en el calor de las improvisaciones, si en la amistad fervorosa hácia mí, alguna palabra sobre desvío, ú olvido, ó ingratitud se ha deslizado, sólo me toca protestar contra esa palabra tan amistosamente como ha sido amistosa la

insinuacion ; pero tan enérgicamente como cumple á mi deber y á mi conciencia. España nada me debe á mí, yo todo cuanto soy se lo debo á ella, y la siento latir en mi corazon, y arder y brillar en mi mente, penetradas de su jugo mis venas, de su calor toda mi vida. Sobre los errores de los partidos y de los gobiernos, se levanta España inmaculada, como la humanidad sobre los errores de los individuos. España podrá proceder como quiera con sus hijos ; pero sus hijos no dejarán jamas ni por un momento de adorarla, como la personificacion de todo cuanto han amado sobre la faz de la tierra.

Y ahora, ¿qué responder á tantas muestras de entusiasmo? Sentir grandes afectos, fácil cosa es en esta ocasion gratísima con sólo dejar abierto el corazon á la electricidad de vuestros sentimientos ; pero decirlos en toda su verdad, difícil, muy difícil, porque así como á cada paso encontramos asuntos propios de la esfera de un arte, y á la esfera de otro arte imposibles, por los medios varios de la expresion artística, así ante el espectáculo de esta reunion brillantísima, ante este enjambre de ideas que se eleva á lo infinito, entre los acentos de vuestras espléndidas oraciones ¡ah! no le queda recurso alguno á mi palabra, y pareceria lo más natural dejar la gratitud vagando á su arbitrio en la interna inmensidad de nuestro sér, ma-

yor si cabe que la externa inmensidad del espacio, y ántes que verterla en formas indignas de su grandeza, aumentarla con el misterio y la solemnidad de un religioso silencio.

Mas siendo deber de cortesía, de afecto recíproco, de agradecimiento, hablar en la ocasion ménos favorable, cuando la voz se anuda en la garganta, considerad cuanto por mí pasará al verme, oscurísimo resto de un reciente naufragio, enmedio de vosotros, ayer esclavos y hoy libres, ayer víctimas de los tiranos y hoy representantes del pueblo, ayer en la soledad del destierro y hoy en el regazo de la patria, legisladores de esta Italia, que parecia descoyuntada para siempre en el potro de sus tormentos de quince siglos ; que parecia enterrada para siempre, como los huesos de sus primeros padres los romanos, bajo la pesadumbre abrumadora de sus recuerdos y de sus ruinas, y que ha resucitado en trasfiguracion superior á las sublimes trasfiguraciones trazadas por sus pintores, enseñando una enseñanza consoladora : como ántes puede perderse en este nuestro planeta el calor central que el calor de la libertad, y ántes extinguirse en lo infinito la luz de los astros, que en los corazones de los desdichados y de los oprimidos la esperanza en una saludable y definitiva redencion. (*Ruidosos aplausos.*)

Yo he visto á Roma en el cilicio y en la penitencia, con el Miserere en los labios y los restos de un gran sudario sobre su cuerpo; yo la he visto fuera del espíritu moderno, como un mentís al progreso, como una excepcion al derecho; de rodillas en las aras consagradas á su sombría teocracia y circuida, como Níobe, de sus hijos muertos para la vida más necesaria y más alta, para la vida del pensamiento; buscando sobre sus cordilleras de ruinas y bajo su corona de cipreses las antiguas instituciones que fueran su grandeza, convertidas en sueños, en fantasmas, y dolándose de no encontrarlas con lamentos dignos de los versículos de Job y de los trenos de Jeremías; sin que bastáran á contrastar su dolor ni el inmenso poder moral de sus pontífices ni la inmarcesible gloria de sus divinos artistas, desolada Jerusalem de imperecederos recuerdos, pero tambien de imperecederas tristezas; y ahora por las cenizas del Foro se despiertan los ecos del antiguo Senado; en la tribuna de los Rostros resueñan los acentos de la antigua elocuencia; del Aventino y del Monte-Sacro descienden las sombras de los tribunales á bendeciros por haberles dado el consuelo de vuestra emancipacion; entre los fragmentos de sus sepulcros destrozados como restos de otro planeta, se levantan los manes de Camilo, de Régulo, de Cincinato, de Escévola, al

sentir que por la cima del Capitolio, cima tambien de la tierra, cerebro de la gente latina, brillan y arden como dos faros, cuyos rayos penetran hasta en la soledad de lo pasado y hasta en la region de la muerte, la dulce alma de esta moderna Italia, tan fecunda en divinas inspiraciones, unidas con el genio austerísimo de la romana libertad. (*Estrepitosos y repetidos y prolongados aplausos.*)

El gran poeta de vuestras desgracias no podria decir hoy como en su tiempo:

¡ O patria mia! vedo le mura e gli archi
E le colonne, e i simulacri, e l'erme
Torri degli avi nostri,
Ma la gloria non vedo,
Non vedo il lauro e il ferro ond'eran carehi
Y nostri padri antichi.

Y no podria con razon añadir, pintando la ilustre nacionalidad acongojada:

Siede in terra negletta e sconsolatta,
Nascondendo la faccia
Tra le guinocchia, e piange.
Piangi, che ben hai donde, Italia mia,
Le genti á vencer nata
E nello fausta sorte, e nella ria.

El sublime cantor de la Edad Media, el titánico genio de la desesperacion, no podria exclamar:

¡ Oh serva Italia! di dolore ostello,
Nave senza nachiero in gran tempesta;
Non donna dei provincie; ma bordello.

Sobre los muros, sobre los arcos, sobre las columnas, en las piedras de vuestros monumentos, en las obras inmortales de vuestros artistas se ve brillar como en continua fulguración, que Italia es una, que Italia es independiente, que Italia es libre; y vosotros, que, como italianos, recogéis los frutos de estos grandes progresos; y yo, que, como parte de la humanidad y como hijo de la raza latina, participo de sus ventajas, debemos beber en comun por la unidad, por la libertad, por la independencia de Italia (*Aplausos*), por todos aquellos que han contribuido á fundarlas entre los escollos de la diplomacia europea y los azares de la guerra, por todos aquellos que la salvan, la defienden y la consolidan, pues la existencia de esta nación libre en el mundo moderno es garantía al progreso universal y áncora segurísima á los derechos de unos, á las esperanzas de otros, á la autonomía, á la dignidad, á la grandeza de todos. (*Prolongados aplausos.*)

Señores, vosotros habeis hablado mucho de mí, consagrándome alabanzas dignas de vuestra magnanimidad, en desproporción completa con mis méritos (*Voces: No, no*); permitidme que yo recuerde un hecho, no más que un hecho sencillo de mi vida. Crecí y me eduqué en tiempos de desesperación respecto á vuestra patria. Para todos pasaba como axioma indiscutible que Italia estaba

muerta y no resucitaria jamás. Nuestros padres, que tornaban del destierro para encontrarse con la guerra civil, vieron, trataron allá en la Gran Bretaña el sublime poeta de los sepulcros, hijo natural de Grecia, hijo adoptivo de Italia, que llevaba sobre su frente espaciosa los resplandores del genio de las dos naciones, y sobre su henchido corazón el luto de las desgracias y de las tristezas italianas y helénicas, luto más negro y más profundo en las tinieblas, donde le faltaba á un tiempo el acento de las músicas lenguas meridionales en los oídos y en los ojos el resplandor de nuestra luz y de nuestro cielo: en tal guisa, aterido por la duda y por el frío, aquel gran genio, creyendo eterna la noche y eterna la soledad de entonces, habia dicho, y ellos lo habian difundido, que estaba él condenado á morir en la proscripción é Italia condenada á desaparecer en la servidumbre, rotas las cuerdas de su corazón como las cuerdas de su lira, semejante á sus antiguas sacerdotisas cuando bajaron del ara y se desciñeron la corona de verbena, al conjuro de los penitentes que salían de los desiertos del Asia y al golpe de las tribus que bajaban de las selvas del Norte, en la última apocalíptica hora del antiguo mundo. (*Bien, bien.*)

Y yo, á pesar de haber oído esto constantemente, pensé y creí siempre que Italia resucitaria. En

el Jurado de Madrid, ante un pueblo inmenso, el año 1855, en el ardor de la primera juventud, yo dije que veríamos la unidad y la libertad y la independencia de Italia. Todavía guardo en mi poder una felicitacion que entónces me dirigieron, y que anda impresa, muchos patriotas italianos, entre los cuales se encuentran nombres tan ilustres como los nombres de Garibaldi, Manin, Mancini, Mamiani, Tomaseo y otros varios. Pero entónces, si habia muchos que participáran de mis ideas, habia pocos, muy pocos, que participáran de mis esperanzas. Hasta los más liberales me tenian por visionario y declaraban que mis anuncios, nacidos más en la fantasía que en el conocimiento de las cosas, no se cumplirian. ¡Valor se necesitaba para esa afirmacion, señores, en aquellos momentos! El mundo estaba lleno de desterrados italianos; el esfuerzo de 1848 habia recrudecido los dolores y enconado las llagas; el Piamonte, aplastado entre el Imperio de los Bonapartes y el Imperio de los Hapsburgos, no podia apénas respirar ni sostener sus nacientes instituciones; cebábase el despotismo en las Dos Sicilias, donde veíamos arriba todas las demencias y abajo todas las desgracias de nuestro tiempo de Fernando VII; las bayonetas imperiales mantenian la donacion de Pipino y cerraban todo paso al esfuerzo y al trabajo; príncipes absolutos en Toscana; prínci-

pes más absolutos en Parma; príncipes absolutísimos en Módena, sargentos todos asalariados del Austria; las plazas del Cuadrilátero, como otros tantos clavos, sosteniendo el cuerpo de vuestra nacion martirizada en su cruentísima cruz; Milan, caída exánime en el dolor y en la desesperacion; Venecia, flotando como un gran cadáver en sus lagunas que parecian lagunas de lágrimas; por los horizontes de Europa ni un solo vislumbre de esperanza, dispersas las democracias alemanas y errantes sus ilustres apóstoles, volcada al golpe de Estado la gloriosa tribuna francesa; desvanecidas las ideas que brotáran de la Asamblea de Francfort y soterrada Hungría, como si hubiéramos vuelto á los tiempos de la Santa Alianza, á la exaltacion de todos los tiranos y á la esclavitud eterna de todos los pueblos, no quedando á los grandes patriotas más recurso, despues de tantas catástrofes, que el recurso de Bruto y de Caton; la desesperacion y el suicidio. (*Frenéticos aplausos.*)

Y sin embargo, mi fe tenía un fundamento racional; mi fe tenía el fundamento de las ideas progresivas, de las ideas de libertad y de patria. Penetrando como penetraban ya en el espíritu de los pueblos, debian necesariamente conducirlos desde la concepcion de lo ideal á su inmediato cumplimiento. Una idea, por etérea, por impal-

pable que parezca, trasforma la impura realidad, modifica y renueva las sociedades humanas. Como las ciencias experimentales van cada día demostrando más la unidad de las diversas fuerzas cosmogónicas, las ciencias de indagación van, á su vez, demostrando que arte, religión, Estado, filosofía, son como cristalizaciones varias de una misma idea. (*Bien, bien.*) Y esta idea de la libertad, y de la igualdad en la libertad que debía crear la democracia, de la cual se derivaba esta otra idea de la unión, de la identificación de aquellos que tienen orígenes comunes y comunes destinos históricos en una misma nacionalidad, debían penetrar en el seno de Italia y redimirla y salvarla. Os habíais formado una concepción superior de vuestro derecho, y, merced á las intuiciones rápidas de nuestra inteligente raza, habíais podido llevar esta concepción á las últimas clases sociales, al seno de los pueblos, y de aquí la unidad italiana. Para fundarla más sólidamente la unisteis al pensamiento moderno, á la libertad; porque no puede prevalecer todo aquello que contra la libertad se dirija. Italia estaba dibujada y delineada en el espíritu antes de brotar en el espacio. Italia era ya vista, descubierta en el éxtasis de sus hijos antes de que brotara en las instituciones, como esas místicas figuras que el beato Angélico adoraba en espíritu antes de animarlas en el áureo fondo de

sus cuadros. Así, esta idea universal suscitó la inspiración de vuestros artistas, el heroísmo de vuestros soldados, la fe de vuestros mártires y el genio de vuestros hombres de Estado. Y supisteis sumar á los ímpetus del sentimiento los cálculos de las probabilidades políticas, y al culto por lo ideal y por los principios abstractos el conocimiento práctico de las realidades de la historia. Supisteis, cuando fué necesario, evocar vuestros muertos ilustres, reunir vuestros jóvenes ejércitos y marchar, en alas del entusiasmo, desde una inmerecida servidumbre á vuestra redención en la libertad. Y después de 1848, después de aquel gran desastre, no perdisteis la esperanza como Catón después de Farsalia y como Bruto después de Filipos, perseverasteis, combatisteis, y desde San Martino hasta Marsala, y desde Marsala hasta Gaeta, una serie de victorias ilustres fundaron la libertad y la independencia de Italia, que completasteis luego con la unidad, recabando en una mezcla rara de valor y de prudencia vuestra mágica Venecia y vuestra sublime Roma. El sueño de quince siglos se ha realizado. Lo que no pudieron los antiguos Césares ni los reyes ostrogodos y lombardos; lo que no alcanzaron ni Federico de Suabia ni sus ilustres descendientes en el combate á muerte con los güelfos y los angevinos; lo que no vieron ni Dante ni Petrarca,